

Seis lecciones del ladrón en la cruz

TEXTOS: Mateo 27:38-44; Lucas 23:39-44. No es raro oír a la gente decir: “¡Sálvate como el ladrón se salvó!” Dando la impresión que salvarse como el ladrón en la cruz es un asunto sencillo: “Todo lo que tienes que hacer es creer e invocar al Señor de la forma en que el ladrón lo hizo y serás salvo.” Algunos de los que afirman eso nunca han pensado en las dificultades que enfrentó el ladrón.

El ladrón llamó a Jesús “Señor” e implicó que Él era el Rey en el momento de Su más terrible humillación—cuando Jesús parecía más un criminal que el Cristo. Existe una gran diferencia con la confesión que hacemos nosotros de Jesús. El ladrón expresó su fe al estar agonizando y pasando vergüenza al estar desnudo. ¡Qué diferencia entre esto y la confesión que hacemos en el edificio de la iglesia, vestido para nuestro mejor domingo!

Además, el ladrón defendió al Señor cuando estaba rodeado por una muchedumbre gritando injurias. J. W. Mc Garvey escribió: “El ejemplo del ladrón arrepentido es difícil de seguir: profesó su fe en Cristo y su reino cuando no había otra voz en todo el ancho mundo dispuesta a hacerlo.”¹ Imagine la escena: Cerca de la cruz estaban los enemigos de Jesús, burlándose y abusando de Él. A un lado de la turba estaban los amigos de Jesús, quebrantados de corazón y silenciosos. Sus esperanzas de un reino físico y político se habían desvanecido; sus ideas preconcebidas no encajaban en un Rey crucificado. En esa multitud, se oyó una sola expresión de fe: la voz de un ladrón sin nombre.

El mundo ha visto pocas expresiones de fe más grandes que la del hombre crucificado junto a nuestro Salvador. Los que usan la fe del ladrón como excusa para desobedecer los mandamientos del Señor no son dignos de ser mencionados junto con él.

En el sermón previo, pregunté: “¿Por qué

colocó Dios el relato del ladrón en la Biblia?” En ese sermón, el énfasis fue en lo negativo. Usamos la mayor parte del tiempo estableciendo que la salvación del ladrón no es ejemplo de salvación para los no creyentes hoy en día. No obstante, cometería una injusticia con el ladrón si hablo solo de los aspectos negativos de su historia. Hay lecciones inherentes al incidente—lecciones que todos necesitamos.

UNA LECCIÓN DE ESPERANZA²

El sujeto de nuestra discusión se nos presenta como un ladrón, un criminal (Mateo 27:38). Algunos creen que su crimen pudo haber sido uno menor, sugieren: “Quizás robó una barra de pan para su familia que estaba hambrienta.” Por otro lado, la evidencia indica que era un duro criminal. Especulamos en una de nuestras recientes lecciones³ que la cruz central fue reservada para Barrabás, mientras que las cruces laterales eran reservadas para sus seguidores. Señalamos que la palabra griega traducida como “ladrones” en Mateo 27:38 es el plural de la palabra que se usó para describir a Barrabás en Juan 18:40. Además, señalamos que la violencia está inherente en la palabra griega para “ladrones,” la palabra implica robar con violencia.⁴ Podríamos pensar del ladrón en términos similares a los usados para describir a Barrabás, que además era un insurrecto y un asesino (Lucas 23:19). Esto ayudaría a explicar la insensibilidad del ladrón cuando se unió en primera instancia con los demás para insultar a Jesús (Mateo 27:44). El propio hombre admitió que sus crímenes eran los suficientemente graves para justificar la tortura en la cruz (Lucas 23:41).

²Esta lección fue extraída de la discusión de Jesús con el ladrón en “La cruz usada como púlpito” en “Conociendo al Maestro, 2” *La verdad para hoy* (Septiembre de 1994): 38-39.

³Ver página 46 en “La vida de Cristo, 12”

⁴Ibíd.

¹J.W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *El evangelio cuádruple o Armonía de los cuatro evangelios* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 728.

Sin embargo, conforme los minutos se convirtieron en horas, el ladrón tuvo un cambio en el corazón. En ese cambio, encontramos nuestra primera lección: una lección de *esperanza*. Si ese hombre—criminal confeso—pudo experimentar un cambio de corazón tan dramático ¿habrá esperanza para cualquier pecador? Si pudo ser salvo bajo las circunstancias más improbables, ¿habrá esperanza para todos?

¿Hay alguien a quien usted desea salvar—alguien a quien ama más que la vida misma? Quizás se ha brindado con esa persona. Ha orado para que decida bautizarse o ser restaurado. Ha derramado lágrimas. Puede que hayan pasado años y aparentemente sigue inmóvil ante la historia de la cruz. A estas alturas, quizás su esperanza se haya desvanecido. ¡Mire al ladrón y deje que su esperanza se renueve!

UNA LECCIÓN DE CONVERSIÓN

Además, al leer la historia del ladrón en la cruz, vemos una lección de conversión. No quiero decir que su conversión sea como la nuestra.⁵ Más bien, quiero decir que vemos una demostración de lo que implica la verdadera conversión. La palabra “conversión” básicamente significa “cambio.” Cando el agua se “convierte” en hielo o en vapor, ocurre un cambio en el agua. De la misma manera, sucedió un cambio en el ladrón. Vea estos indicios del cambio en Lucas 23:

INDICIOS DEL CAMBIO EN EL LADRÓN

- No se avergonzó de creer en Dios (v. 40).
- Habló de su reverencia (temor) a Dios (v. 40).
- Confesó que era pecador (v. 41). No se sentía orgulloso de su pecado. Sin duda, se arrepintió.
- Reconoció que Jesús no tenía pecado (v. 41).
- Dado que solo Dios es sin pecado, vislumbró la deidad de Cristo.

⁵Vimos la diferencia entre la conversión del ladrón y la nuestra en el sermón “¿Qué con el ladrón en la cruz?”

Habló del reino de Cristo (v. 42), indicando que lo reconocía como Rey.

Le pidió a Cristo bendiciones espirituales (v. 42), una prerrogativa reservada para Dios.

Aunque su muerte era inminente, no creía que la muerte fuera el fin. Sus palabras (v. 42) implican una resurrección; expresan una fe en la vida más allá de esta vida.⁶

¿Qué factores provocaron éste cambio? El ladrón podría haber sabido algo de Jesús antes de ser puesto en la cruz. Después de todo, la ciudad entera había estado hablando de Él (vea Juan 11:56).⁷ Pero sin duda, la respuesta de Jesús a la crueldad y al dolor fue el factor decisivo. La conducta de Cristo en la cruz movió al funcionario romano a cargo de la crucifixión (Marcos 15:39); Quizás también afectó al ladrón. Cualesquiera que fueran las razones, el hombre tuvo un cambio evidente.

Lamentablemente, cuando enseñamos a las personas, tratamos de convencerlos en lugar de convertirlos. Los convencemos que necesitan hacer ciertas cosas, aunque no se produzca un cambio real en sus corazones y sus vidas.⁸ Continúan pensando igual que lo hacían antes de su bautismo; viven de la misma forma y hablan de la misma manera.⁹ Si se ha producido algún cambio, no es evidente.

⁶Si es apropiado, puede señalar que el cambio del ladrón fue tan integral que incluso le habló al otro pecador de Cristo y lo reprendió (Lucas 23:40, 41). Algunos de nosotros no hemos cambiado lo suficiente para hablar con otros de Jesús y mucho menos reprenderlos por sus pecados.

⁷Existe la posibilidad de que el ladrón haya sido bautizado por Juan el bautizador o por los discípulos de Jesús—cualquiera de las dos implicaría que había oído alguna enseñanza antes de ser bautizado.

⁸Tengo ilustraciones personales de esto que no voy a incluir. Usted podría dar un ejemplo si puede hacerlo sin avergonzar a nadie.

⁹Llegar a ser como Cristo no sucede de la noche a la mañana; requiere una vida de esfuerzo y al llegar a la muerte aun estará incompleta. Sin embargo, *algún cambio deber ser evidente si realmente se ha convertido.*

Algunos de nosotros hemos sido culpables de enseñar muy poco y persuadir demasiado.

¿En dónde empieza la conversión? Empieza en el corazón. Si no hay cambio en el corazón, no hay conversión real. Hace varios años, estaba hablando con un hombre que trabajaba en los campos de petróleo de Arabia. Me dijo que, en el país donde trabajaba, si atrapaban a un ladrón, le cortaban la mano derecha. Sonrió con ironía y añadió: “Algunos la llaman la tierra de los ladrones zurdos.”¹⁰ No sé si esta práctica aún prevalece en esa área, pero la verdad es que el cortar una mano no cambia el corazón. La verdadera conversión—el cambio auténtico—debe suceder primero en el corazón. Ahí es donde empezó con el ladrón en la cruz y ahí es donde empieza con nosotros.

En cuanto al ladrón, podríamos llevar la lección un paso más adelante. Debido a que ocurrió un cambio en la actitud y en las acciones del ladrón, también ocurrió un cambio en su relación con Dios. ¡Qué cambio! Esa mañana, el ladrón había batallado hasta el Calvario bajo el peso de su cruz. Había escuchado las burlas de la multitud; había sentido el dolor de los clavos en sus manos y pies. Pero para la noche, se paseaba por el Paraíso con Jesús, el benevolente sol del amor de Dios brillaba sobre él, ¡la brisa suave de la misericordia mecía sus cabellos!¹¹

UNA LECCIÓN DE VALOR

Otra lección que puede sacarse de la historia del ladrón es la del valor. Hemos enfatizado que expresó su fe en Jesús en un momento cuando todas las otras voces callaron. Eso requirió de valor.

¹⁰Puede tener otra ilustración para substituir o añadirla. En una ocasión leí de un falsificador que fue atrapado y encarcelado. Estaba tan disgustado consigo mismo que se cortó el dedo índice de su mano derecha, el dedo más crucial en su trabajo. Pero en poco tiempo, aprendió a falsificar sin ese dedo. Su corazón no había cambiado.

¹¹“Paraíso” es una palabra que básicamente significa “jardín placentero.” No hay forma de expresar en términos humanos cómo será el paraíso. He usado metáforas para tratar de expresar lo maravilloso que será.

Algunos podrían objetar, “¡Pero no tenía mucho que perder!” Supongo que es verdad, pero considere esto: La mayoría de nosotros, cuando estamos en dolor, no deseamos añadir a nuestra agonía. Evitamos angustia adicional. Antes de las palabras del ladrón, el abuso se enfocaba en la cruz del centro. Al hablar por Jesús, llamó la atención a él mismo y tomó el riesgo de que la animadversión de la multitud fuera en su dirección.

Es fácil hablar de Jesús cuando estamos rodeados de creyentes. La prueba de valor llega cuando el confesarlo invita a la burla: cuando estamos en torno a personas de mal humor en el trabajo, cuando un amigo se burla de las verdades que apreciamos, cuando los miembros de la familia nos ridiculizan por nuestras convicciones. En una ocasión predicaba para una congregación que se reunía en un edificio con un techo plano. Mientras el sol brillaba no había problema, pero cuando llovía, el agua se trasminaba en varias aulas. Un techo que era solo bueno cuando el sol brillaba no es muy bueno—una fe que confiesa a Jesús sólo a creyentes sonrientes no es una fe muy buena.

Cuando Jesús le respondió al ladrón (Lucas 23:43), quizás movió su cabeza para hablarle. Unas horas antes, había mirado a uno que lo había negado bajo coacción (Lucas 22:61); ahora ve a uno que le confesó bajo condiciones aún más adversas. El Señor también nos está viendo (ver Hebreos 4:13)—y sabe si estamos llenos de cobardía o de valor.

Aprendamos de este ladrón para tener el valor de permanecer con el Señor sin importar las circunstancias. Moisés le dijo al pueblo de Dios: “Esforzaos y cobrad ánimo; no temáis, ni tengáis miedo de ellos, porque Jehová tu Dios es el que va contigo; no te dejará, ni te desamparará” (Deuteronomio 31:6). Más tarde, Josué les dijo: “Solamente esfuérzate y sé muy valiente” (Josué 1:7a).

UNA LECCIÓN DE HUMILDAD

Otra lección a recordar de esta historia es la necesidad de humildad. Después de que el ladrón vio a Jesús y luego a él mismo, se dio cuenta de su

pecado. Burton Coffman escribió: “Un corolario de la conciencia del alma ante la presencia de Dios es el reconocer que uno es indigno de estar en su presencia.”¹² De hecho, el ladrón admitió, “¡Merezco este castigo; Merezco todo lo que estoy recibiendo!”

Los hermanos que ministran a los que están en prisión me han dicho que tal actitud es poco común entre los criminales convictos. Puedo testificar que esa actitud se ve rara vez entre los que vivimos fuera de los muros de la prisión. Tuve una campaña en un pueblo de Oklahoma donde vivía de joven. Aproveché para visitar a una antigua compañera de clases y con tristeza me dijo que su marido (antiguo compañero de clases) había pasado algo de tiempo en la prisión en relación con un infame escándalo en las Oficinas del Municipio. No excusó las acciones de su pareja, pero no pudo resistir añadir, “Pero muchos, muchos más culpables que mi marido, nunca fueron condenados ¡y nunca pasaron un día detrás de las rejas!” Es difícil para cualquiera de nosotros decir, “Es lo que me merezco,” y dejarlo así. Pero, eso es lo que hizo el ladrón. Nos da un ejemplo de confesión humilde.

También nos da un ejemplo de cómo pedir con humildad. Poco tiempo antes, dos de los apóstoles de Jesús había pedido: “Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda” (ver Marcos 10:37). El ladrón no pidió un trato especial: una recompensa, una mansión o algún lugar cerca del trono. Simplemente pidió que lo *recordara* (Lucas 23:42)—no ser olvidado. Pedro dijo: “Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que él os exalte cuando fuere tiempo” (I Pedro 5:6). El ladrón se humilló a sí mismo y Jesús lo exaltó.

Todos necesitamos esta lección de humildad. Pablo escribió: “Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura” (Romanos 12:3a).

UNA LECCIÓN DE PREOCUPACIÓN

Admiro mucho de lo que mostró este hombre que murió a lado de Jesús, en la parte alta de la lista, está su confianza de que el reino sería aún establecido. Probablemente había mucho sobre el reino que no entendía.¹³ Sin embargo, comprendió algo que incluso los discípulos de Cristo no entendieron: la muerte de Jesús no anulaba la promesa de que Él establecería el reino. El ladrón dijo: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (Lucas 23:42).

La lección que quiero sacar de esto es que el ladrón estaba interesado en el reino. Era importante para él. También era importante para Jesús. Cristo predicó que el reino se había acercado (Mateo 4:17), que vendría durante la vida de algunos de sus oyentes (Marcos 9:1). Desafió a sus seguidores a “buscar primeramente el reino” (Mateo 6:33). Habló de establecer su reino/iglesia en Mateo 16:18, 19. Murió por su reino/iglesia (Efesios 5:23, 25). Cuando obedecemos el Evangelio, el Señor nos hace parte de su reino (Colosenses 1:13, 14). Debemos preguntarnos nosotros mismos, ¿“Estamos interesados en el reino/iglesia”?

Un día un hombre llegó corriendo a mi oficina. Dijo batallando con su aliento: “Soy miembro de la iglesia de Cristo, me acabo de mudar al pueblo.” Esperé para preguntarle de qué congregación, pero en su lugar él me preguntó acerca de una organización civil: dónde y cuándo se reunía y agregó “pensé que lo sabrías.” No hay nada de malo con las organizaciones cívicas—algunas de ellas hacen mucho bien—pero esos grupos no deberían ser nuestra máxima prioridad.¹⁴ Nuestra primera preocupación deberían ser los asuntos relacionados con el Señor, incluyendo su iglesia.

¿Cuán importante es la iglesia/reino para nosotros? ¿Cuánto tiempo usamos pensando en ella

¹³ Ver página 6 en “La vida de Cristo, 13”

¹⁴ Los acontecimientos posteriores dejaron claro que el hombre estaba más preocupado por la asistencia fiel a su club cívico que por los servicios de adoración de la iglesia del Señor.

¹²James Burton Coffman, *Comentario sobre Lucas* (Abilene, Tex.: ACU Press, 1975), 451. Para ejemplos de los que declaran ser indignos de estar ante el Señor, vea *Isaías 6:1-5; Lucas 5:8.*

y orando por ella? ¿Cuánto esfuerzo ponemos para tratar de difundirla? Oro para que el reino/iglesia también sea importante para nosotros.

UNA LECCIÓN DE MISERICORDIA

Podrían señalarse otras lecciones,¹⁵ pero quiero concluir con una que nos llega a todos. He enfatizado que la historia del ladrón no fue dada para darnos un ejemplo de cómo los inconversos deben ser salvos ahora. Sin embargo, un aspecto de su salvación se relaciona con la salvación de toda persona. Fue salvo por la misericordia del Señor. Jesús no le prometió el paraíso porque él mereciera ir allí. Más bien, Cristo lo hizo porque Él es un Salvador misericordioso.

Piense en las personas de la Biblia que fueron salvas—Noé y Abraham en el libro de Génesis, Moisés y David bajo el antiguo pacto, Pedro y Pablo bajo el nuevo pacto. Ninguno fue perfecto; todos eran hombres imperfectos, se esforzaban en obedecer a Dios, quien los salvo por su gracia y misericordia.¹⁶ Pablo escribió: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia” (Tito 3:5a).¹⁷

Es posible que algunos de ustedes estén desalentados por sus fallas espirituales. Quizás siente que no está viviendo a su potencial espiritual. Quizás diga: “¡Soy un fracaso espiritual viviendo la vida cristiana!” Algunos asisten regularmente y tratan de vivir con los estándares de Cristo en forma externa, a pesar de que están a punto de rendirse interiormente. Si usted es uno de ellos, deténgase y vea al ladrón: ¡Hubo esperanza para él y hay

esperanza para usted! Vea a Jesús, como lo hizo el ladrón y láncese usted mismo a Su misericordia. ¡Nuestro Señor es misericordioso!

El salmista escribió: “¿Por qué te abates, oh alma mía y te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío” (Salmo 42:5). El escritor estaba abatido hasta que tuvo una conversación consigo mismo. Se preguntó: “¿Por qué te abates?” “Espera en Dios. ¡Dios es misericordioso! ¡Él me ayudará! ¡Le alabaré!”

La primera lección que discutimos fue la lección respecto a la esperanza. La última lección fue acerca de la misericordia. Van juntas ¿o no? Tenemos esperanza ¡porque servimos al Señor de misericordia!

CONCLUSIÓN

Al concluir el sermón anterior, lo animé a dirigir su vista del ladrón a Jesús. Ahora le sugiero que del ladrón dirija su mirada a usted mismo. En lugar de preguntar, “¿Qué con el ladrón?” pregunte “¿Qué pasa *conmigo*? ¿Qué con *mis* necesidades espirituales?” Pedro le preguntó en una ocasión a Jesús qué iba a suceder con Juan. Cristo respondió: “¿Qué a ti? ¡Sígueme *tú!*” (Juan 21:22; énfasis mío). En otras palabras, Cristo estaba diciendo, “En lugar de preocuparte por Juan, asegúrate de hacer lo que tú necesitas hacer.” En la misma manera, usted debería preocuparse por el ladrón; Dios está cuidando de él. Más bien debería preocuparse si usted está o no en una relación correcta con el Señor. ¿Lo está siguiendo? Si una vez lo empezó a seguir, ¿continúa haciéndolo? El Señor es misericordioso, está listo para perdonar—así que ¡venga a Él hoy!

¹⁵Al analizar la historia del ladrón, puede llegar a otras lecciones. Use las más necesarias para las personas que enseña.

¹⁶Una definición sencilla de “gracia” es “favor inmerecido.” Una definición sencilla de “misericordia” es “la gracia expresada.”

¹⁷Dios requiere de ciertas “obras” de nosotros antes de salvarnos, pero necesitamos entender que el hacer esas “obras” no ganamos nuestra salvación. Ellas no obligan a Dios. Somos salvos por la gracia y misericordia de Dios.